

Daniela Catrileo

Piñen



Piñen



Seix Barral Biblioteca Breve

Daniela Catrileo

Piñen

© 2025, Daniela Catrileo
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN:
Registro de Propiedad Intelectual N°:
Primera edición: mayo de 2025

Imagen de portada:
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen
Impreso en:

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

Queda expresamente prohibida la utilización
o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar
sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

*A la mapuchada y a quienes
conocen la infancia entre blocks.*

*Cuando era chica rezaba,
ahora no puedo pedir nada
con mucho amor, levanté mi casa
con bronca y dolor tuve
que armar la barricada.*

SARA HEBE

*Desde que soy criatura vagabunda,
desterrada voluntaria,
parece que no escriba sino en el
medio de un vaho de fantasmas.*

GABRIELA MISTRAL

La palabra “piñen” proviene del mapudungun y refiere al polvo o la mugre aferrada al cuerpo.

¿HAN VISTO CÓMO BROTA LA MALEZA DE LA TIERRA SECA?

Se llamaba Jesús, al menos eso recuerdo. Murió el sábado pasado. Tan eficaz fue la maestría del tirador que, en la escena final, solo había una línea de sangre en su boca. Un sutil cauce rojo entre sus labios.

Todo pasó bajo mi ventana, entre ladrillos y zinc se escuchó tremenda balacera y lo que ello conlleva: gritos, llantos, aullidos. Al rato, vimos a varios que salieron heridos en el intento salvaje de robarse la merca.

Desde acá, lentamente, observamos a través del cristal y su velo de encajes, cuya maraña en su enredo de algodón y poliéster se había transformado en nuestro mísero escondite.

Poco a poco íbamos advirtiendo los rostros de otros vecinos haciendo lo mismo desde el interior de sus hogares. La cortina y los visillos eran el símbolo de protección. Pero al mismo tiempo un tejido abierto nos dejaba a la intemperie, como si quisiéramos ser descubiertos.

Desde nuestras profundidades lo sabíamos. Diariamente el presentimiento se fijaba a nuestras costillas.

La clandestinidad de los ojos en el transcurso de la fatalidad era parte de nosotros.

A esa hora nadie se atrevía a salir de la entrada de sus casas. Era común morir de esa manera absurda por alguna carga de acero y plomo que accidentalmente te daba en la cabeza un día cualquiera. A una hora cualquiera. Así de sencillo. Podía ser mientras ibas a comprar las marraquetas para el desayuno o regabas las ligustrinas enterradas bajo el sol. Ninguna estrella fue nuestra luz, a duras penas veíamos la luna. Solo los antiguos aún creían en los días de clemencia, pues al menos ellos la habían conocido.

Ese sábado, como cada sábado, una carga importante de cocaína había llegado al pasaje. En resguardo de la mercadería, el Pancho tenía a sus soldados bajo vigilancia. Sin embargo, igual perdió. El Jesús iba a todo o nada: coca o muerte. A cambio, el Pancho apuntó, mató y escapó.

Algunos dicen que pescó su mochila rumbo a Concepción, corriendo hasta perderse en el terminal. Las amigas que se quedaron lloraban su partida, rayando su nombre en las murallas de cada block. Escribirlo era justamente marcar su leyenda: ellas sabían que no solo era pena, sino justicia.

Tras el tiroteo nos dimos cuenta de que también desaparecieron su hijo de tres años y su compañera, la Rulo. Rápidamente el departamento fue ocupado por nuevos habitantes: un grupo de haitianos recién llegados, dispuestos a levantar la ceniza para la vieja nueva vida. Los únicos migrantes que no tuvieron miedo de venir a vivir a este último lugar, una zona de guerra miserable en comparación a sus huidas.

Era extraño cómo tras la muerte se armaba una especie de minga poblacional. Apenas el cadáver quedó tirado en el pasaje y el Pancho arrancó, se vio una caravana de colchones y cajones de fruta para futuros muebles, avanzando escalera arriba hasta llegar al tercer piso. También era obvio.

Acá empezaron rápidamente a lucrar con los arriendos para ellos. Cada departamento era dividido con cholguán para construir mínimo unas diez piezas. Antes de su arribo, cada departamento no costaba ni la cuarta parte de lo que ahora ellos pagaban. Y de paso no podían reclamar, pues la lengua era la interferencia y aliada de los usureros. Por eso estaban todos felices de ocupar un espacio que se había transformado en tierra de nadie. De algún modo, la mayoría llegó de esa forma a este agujero.

En todo caso, con respecto a la coca, hace rato venían diciendo que el Jesús se la quería puro hacer al Pancho. Durante varias semanas se venía instalando en la esquina para estudiar los movimientos y horarios de entrega.

Ojos que iban y venían entre sombras hasta la muerte. Aunque menos suerte que el mismo Jesús tuvo uno de los socios del Pancho: Juan Huenchucheo. Hombre de treinta y dos años. Moreno, espalda ancha, nariz chata. Características de la mayoría de quienes vivíamos en los blocks. Destacado por su frialdad en las transas y en el cobro puntual a los endeudados.

“Rara vez se ríe el indio”, decían los cabros, cada vez que le compraban y armaban líneas en el medidor del baño. El Juan Huenchucheo era amigo de mi tío Cholo. Yo sí lo había visto reír un montón de veces. En el momento que entraba en confianza contaba historias de los kalku que veía cuando chico. Su familia también venía del sur, aunque de una comunidad

que estaba más hacia la cordillera. Su mamá había llegado al campamento por un dato de mi abuelito.

La población de los blocks había sido construida a principios de los noventa. Erigida sobre parcelas que varios siglos antes habían sido territorio inca bajo la huaca del Chena.

La mamá del Juan llegó a fines de los setenta a trabajar para unos españoles en Las Condes. Mi laku era el jardinero de la misma casa. Él había llegado a principios de los setenta, luego de la muerte de su esposa. Todos los que se vinieron terminaron viviendo en las poblaciones callampa del Zanjón de la Aguada, cerquita del barrio Franklin. Mientras avanzaban los años de dictadura y la remodelación de la waria, la mayoría fue desplazada a la periferia de la periferia.

Mi tío Cholo y el Juan se metieron de cabros chicos a la Garra Blanca del Colo-Colo. La última vez me los topé para la “marcha por la resistencia”. Andaban con los cabros de la barra agitando una wenufoye. Mientras cantaban en contra de los pacos, yo adelantaba el paso. Entre las cascahuillas y el kultrun veía su lienzo agitarse a lo lejos. Cuando me vio el Juan agachó la cabeza, se hizo el loco. Al Juan le daba vergüenza andar metido con el Pancho, le daba vergüenza ser su soldado. Una vez le escuché decir que quería juntar las lucas para volver al sur, armar su casita, tener su familia. A veces, cuando se curaba, decía: “¡Mari mari!”, con ese tonito hacia arriba como cantadito.

El otrora hombre avestruz, Huenchu-cheo, poquí-sima gracia hizo a sus ancestros en la nominación plumífera de su linaje. Pues se cuenta que, en plena

carrera combatiente de la merca, fue baleado en la pierna izquierda por los discípulos del Jesús. En la velocidad del balaceo dirigieron y descargaron indómitamente, no esperando nunca la revuelta del Pancho. Huenchucheo, entonces, con la sangre seca en el bluyín, fue abandonado en la calle junto al Hospital Parroquial. Una posta que estaba a cinco metros del cruce ferroviario, bajo la aurora de lo que comenzaba a ser un domingo. El primer o el último domingo de muchos que esperaban en la sala de urgencia. Se dice que lo arrojó un vehículo sin patente y pasajeros anónimos.

Durante la semana, distintas vecinas encendieron velas en el umbral de mi cortina, casi esperando poblar la animita insurgente de un santuario para el Jesús. No hubo grandes lunas ni carnavales en su despedida. Las nubes siguieron sucediendo en el cielo. Una tras otra, se extinguían con la herida de siempre entre los cables y las zapatillas.

El bullicio de los pasajes fue el mismo de otros fines de semana parecidos a ese. Algunos intentaron hacer minutos de silencio, pero a todos les daba miedo la quietud. A pesar del hacinamiento, la falta de ruido amenazaba el territorio desde lo profundo de nuestras soledades.

De eso se trataba esta mala broma de la colectividad presionada por la aglomeración. La comunidad era otra cosa. Por eso hablábamos a los gritos de escalera a escalera.

De todos modos, entre los pocos concilios históricos que se han logrado, los vecinos que eran propietarios después de años inscritos en las listas del Servi